

nencia de la marisabidilla)! Cuando amor y ciencia se unen para educar a un niño, para acompañar la vida de un ser, para presidir la arquitectura moral de una familia, alumbrando una nueva esperanza de dicha en el destino humano.

**b) Medidas políticas.—Una democracia depurada.—La política y las mujeres.** Ante los trastornos políticos presentes, el mundo ha reaccionado de dos modos. Unos proclaman: "La democracia ha hecho bancarota. Esas grandes voces de la soberanía popular francesa: libertad, igualdad, fraternidad son falacias. Son y continuarán siendo monstruosos engaños. El sistema de representación es una impostura, que en la hora actual es incapaz hasta de engañarse a sí mismo. La democracia está muerta. Enterremos su cadáver." De allí han nacido el comunismo, por una parte, y por otra, los regímenes de Mussolini y de Hitler. Tienen de idéntica base la negación de la democracia; de métodos comunes, la detentación del poder por un solo hombre, apoyado en un solo partido. Son dictaduras.

Los otros arguyen: el ideal democrático es el más justiciero que haya sido capaz de crear la razón. La República de Atenas es el exponente de las más nobles posibilidades del hombre social. "Es el único sistema compatible con el cabal desenvolvimiento de la individualidad y con la dignidad de la persona

humana." La crisis actual no revela la falacia del sistema, sino su mala aplicación.

Verdad es esta última que se advierte sobre todo en los países sudamericanos. Desde su independencia se les ha gobernado sin parar mientes en que los procedimientos democráticos ajustasen o nó a la realidad. Si tal régimen tiene por base el concepto de fundamental igualdad de hombre a hombre, y el gobierno de los más, es evidente que nunca han conocido una genuina democracia. Jamás han estado elegidos por la mayoría, ya que se apartaba de ella a la gran masa de analfabetos y a las mujeres. Si algo puede enrostrarse amargamente a los congresales, ejecutivos y caudillos es que desde 1810 no hayan dedicado su empeño máximo en transformar en ciudadanos de verdad al enorme cuerpo de semi-civilizados, que constituyen la estrata básica de nuestra sociedad, y les hayan permitido vegetar sin ninguna tradición de democracia.

Ello ha hecho posible que todo caudillo sin escrúpulos, o terrateniente de cortos alcances, se haya valido de su brazo de ciego, para adular al ideal republicano.

Sobre el tronco de una sumisión reverente, sacrosanta casi, a la corona de España, absolutista y de derecho divino, los revolucionarios de 1810 ingirieron el brote frágil de una doctrina política que conocían sólo de oídas y en la que se habían embriagado en su afán entusiasta de libertad. ¡Lejos de mí reprochárselo! Ignoro cuál es el sentir de otros paí-

ses de América, pero de Chile puedo asegurar que, bajo la forma democrática, en la mente popular, en el consentimiento público, en las costumbres, en el trato diario, existe viva aún la raigambre de la aristocracia. Nadie se considera igual a otro. Cada uno se siente superior a muchos e inferior a unos cuantos. La plebe es sumisa al amor del patrón y rara vez se perfilan en su masa esas altivas arrogancias del que, por derecho de ser hombre, se considera ni más ni menos que sus congéneres.

La enorme diferencia de dinero, de bienestar y sobre todo de cultura, entre las diversas capas sociales ha acentuado antes que disminuído estas inclinaciones. La obra de la república debería tender más y más a la incorporación a la verdadera democracia, del mayor número de hombres y mujeres, capacitándolas para comprender los problemas vitales del país y participar en ellos.

No olvidemos que el sentido de la responsabilidad cívica es una conquista del progreso espiritual. No la poseen los entes de conciencia espesa, sean pobres o ricos, hombres o mujeres. Lo demuestran tantos electores que venden el sufragio y tantos candidatos que lo compran. Precisa una fina sensibilidad de la interdependencia social, una visión clara de sus efectos futuros en la vida colectiva para justipreciar el voto y la acción pública. Y tal como no todos los hombres están preparados ni son aptos para el ejercicio del arte de hacer mejores y más felices a los pueblos — según la clásica definición de la

política — tampoco seguramente lo están la mayoría de sus hermanas. El sufragio popular es una tragicomedia de los pueblos que prefieren engañarse con palabras a obedecer a la adusta realidad. Y si a ella nos atuviéramos, en estos países de Sud América, se debería restringirlo y darlo solo a hombres y mujeres capacitados.

No será pequeño el número de estas últimas. Gracias al mas amplio conocimiento de la biología y la higiene, en casi todos los países, el término medio de la vida humana se está prolongando hasta cerca de la cincuentena. Y se delinean claramente tres fases en la vida de la mujer moderna. Los primeros veinte años — los de su formación y florecimiento juvenil—; los segundos, es decir de los veinte a los cuarenta, que son la etapa de la formación del hogar y de la familia, de la íntegra contribución a los dictados de la especie. Después de los cuarenta cuando ya los hijos crecidos se están apartando para formar, a su turno, el hogar que reemplazará al paterno, libre ya de la tierna exigencia de los pequeños, llena de experiencia y comprensión de la vida, la mujer, tanto como el hombre, entran a un período en que su acción en la política, en la filantropía, en las obras sociales es de un alcance fecundo.

El sufragio, a los capacitados, a los sensibles a sus responsabilidades, hombre y mujer, porque ambos sufren por igual los errores de la dirección política, los desaciertos económicos y los fardos tributarios. Cuentan de Napoleón que una vez, en un rapto de

los que tenía muy frecuentes en contra de la emancipación femenina, apostrofó a Mme. de Condorcet, diciéndole: "—Detesto que las mujeres se mezclen en política"—. A lo que ella, ingeniosamente, le repuso: "—¡En un país en dónde se les corta la cabeza, es natural que quieran saber por qué!"... En un país donde se nos grava con tantos impuestos, es natural que tratemos de saber por qué...".

Así como parece de toda justicia y conveniencia el sufragio político femenino, podría dudarse de su oportunidad si sus adeptas no se preparasen para ejercitarlo. Esto es muchísimo más urgente que la dictación de la ley. Si desconocen los fundamentos del régimen republicano, si nunca han tratado de comprender las diferencias de doctrinas y métodos entre los partidos, si ignoran los problemas de la economía nacional, las cuestiones que a diario han de afrontar municipios y gobiernos centrales, mal pueden pretender mejorar las condiciones existentes. Y si no están ejercitadas en la práctica de la asociación, les será muy difícil influir en la cosa pública. La ley que les conceda derechos civiles y políticos vendrá en estos países hoy, mañana o pasado. Pero hay que esperarla con la lámpara del espíritu encendida. No correr el riesgo de que los acontecimientos nos sobrecojan, sino preverlos con inteligencia, participando desde luego en los asuntos públicos.

Aunque sea verdad de Perogrullo, hay que repetirla. El hombre y la mujer no son iguales, y precisa-

mente de la diferencia de cualidades y no de su confusión se beneficia la sociedad. No son iguales, pero si, equivalentes, porque son idénticamente necesarios a la vida y al desarrollo de la raza. Son equivalentes y, por lo tanto, es injusta cualquiera ley que conceda derechos a unos en desmedro de los otros.

Lamentablemente hemos estado durante siglos confundiendo situaciones que en algunos instantes pueden coincidir, pero que obedecen a leyes diferentes: el claustro del amor, la situación legal de las mujeres, sujetas o no a su tenaz imperio, y el estatuto civil del ciudadano. Son recintos diversos, que si no se contraponen para el hombre, tampoco deberían ser incompatibles para su compañera.

La tarea primordial de la mujer es, sin duda, la formación de la atmósfera espiritual de su hogar; pero ya dijimos que a muchas no se les presenta, por circunstancias completamente extrañas a su deseo, la posibilidad de ser las arquitectas de un nido.

En cada generación, un grupo de las de tipo más noble quedan trágicamente sacrificadas. Porque la civilización induce al que pudo ser su compañero a que se prepare largos años para el ejercicio de su carrera. El médico, el abogado de nota, el ingeniero especializado concluyen su etapa estudiantil en los linderos de la treintena. No logran reunir medios holgados para sostener una familia, sino después de los 33. Y entonces rarísima vez eligen por mujer a una de su edad. Buscan a la más joven. Sus coetáneas ya están marchitas. Y es torpe, mezquino e injusto que

la ley las destierre de su amparo y no les conceda siquiera la plenitud de sus derechos ciudadanos. ¿Qué mucho que algunas de ellas se agrien, que se ericen de espinas, que se consuman en el chismorreo venenoso, si en realidad son parias? Las que tenemos la fortuna de que la vida nos haya hecho conocer las dulzuras y los desengaños, las desventajas y las responsabilidades de una vida plena, deberíamos ser sus defensores, excusarlas, aun cuando más de alguna tenga la necesidad biliosa, agnosa e insoportable. ¡Son víctimas de leyes ñoñas que debieran abolirse para siempre!

**c) Lo espiritual.** Previsiones económicas, doctrinas políticas son necesarias, más no suficientes. No infunden significado a la vida, no calman esa aspiración violenta, inacallable a comprender nuestro destino y a realizarlo a conciencia. Las cautelas económicas disminuirían, sin duda, las angustias de los vientres famélicos. Son el primer paso hacia un mejoramiento. La sabiduría de una política honrada facilitará después la regularización de los derechos de cada cual. Pero más adentro está el ser humano, afanoso de armonía consigo mismo, de supervivencia en el amor, de comprensión cordial, de justicia, de belleza y de luz en el conocimiento del orbe misterioso que nos hospeda. Y este ser humano hoy comprende que lleva perdido el rumbo.

Toda crisis trae aparejada la necesidad de revisar los valores corrientes. Crece la urgencia de dete-

nerse al lado del lecho del enfermo — en este caso cada uno de nosotros — y estudiar la dolencia, remontando a sus causas. Y en tal diagnóstico, lo primero que salta a la vista del más lego es la falacia del concepto de cultura como lo empleamos hoy.

Este siglo ha confundido el progreso con el uso de los artefactos, y dado patente de culto al hombre que sabe manejarlos. Porque se ayudan de la electricidad y tienen en su casa una radio, las gentes presumen haberse logrado una efectiva superioridad espiritual. Profundo error. Arrojadlos a la miseria, a esos mismos individuos se les cae la civilización como ropa hecha girones, dejando al desnudo su barbarie. Son incapaces de una vida sencilla, del modesto goce de la contemplación de la naturaleza; no saben ser compañía agradable para ellos mismos. Son como nueces a las que se hubiera retirado el meollo, vacías y sin ninguna utilidad. Cultura interior, de eso es de lo que estamos huérfanos.

Trunca sería cualquiera orientación feminista que no la señalara como primera necesidad. Disminuir las causas de intolerancias de todo orden, de incompreensión, de recelos y de odios, limpiarnos de tanta superstición necia como se nos ha ido enredando en el curso de los siglos—hilos de Liliput que encadenan hasta a los gigantes— amar verdaderamente, amar al prójimo como a si mismo, ahorrarle miserias, disminuirle torturas y dejar nuestro mundo un poco menos cruel de como lo encontramos, eso es cooperar a la permanente aspiración de la especie.